

HOMENAJE
A
FRANCISCO TARREGA
E
ISABEL FERRER

CON MOTIVO DE LA IMPOSICIÓN
DE SUS NOMBRES A LAS ESCUELAS
DEL MAGISTERIO DE CASTELLÓN

CASTELLÓN DE LA PLANA
MCMLXI

B
21

R18
1921

HOMENAJE
A
FRANCISCO TARREGA
E
ISABEL FERRER

CON MOTIVO DE LA IMPOSICIÓN
DE SUS NOMBRES A LAS ESCUELAS
DEL MAGISTERIO DE CASTELLÓN

CASTELLÓN DE LA PLANA
MCMLXI

Cumpliendo órdenes de la Superioridad, los Claustros de las Escuelas del Magisterio de Castellón elevaron a aquélla una propuesta para que fueran autorizados los nombres de Francisco Tárrega y de Isabel Ferrer en la denominación de las escuelas masculina y femenina, respectivamente. Aceptada la propuesta, las páginas de este folleto sirven para justificar la decisión adoptada, recogiendo a grandes rasgos el perfil de aquellas dos personalidades, distintas en sexo, distantes en el tiempo y notables cada una de ellas por diversas razones, aunque acordes ambas en el aprecio popular y respondiendo por igual a una permanente manera de ser de las tierras castellonenses donde la honrada ciudadanía y el cuidado de las cosas elevadas del espíritu encontraron siempre selecto y oportuno cobijo.

En las páginas que siguen se verá cuáles fueron los motivos que movieron a estos Claustros a proponer dichos nombres; cuáles las virtudes y ejemplaridad de los dos ilustres castellonenses, asociados desde ahora en una noble empresa de formación y educación. Esta asociación de dos figuras tan de la entraña popular da al hecho una proyección ciudadana, de vinculación de estas escuelas al medio para el cual, en definitiva, laboran, que cobra cabal expresión en el patrocinio del Excelentísimo Ayuntamiento de la ciudad a los actos de la adopción y homenaje a Francisco Tárrega e Isabel Ferrer. Actos, por otra parte, que se hacen coincidir con el que, a iniciativa de la Excelentísima Corporación, se lleva a cabo dando a los restos del genial guitarrista un digno y definitivo lugar de reposo.



FRANCISCO TARREGA

FRANCISCO TARREGA

(1852 - 1909)

I.—SU VIDA

Don Francisco Tárrega y Eixea, primero de los hijos de una numerosa prole, nació en Villarreal de los Infantes el día 21 de noviembre de 1852. Sus padres, a la sazón servidores de las monjas del convento de San Pascual, vivían pobremente luchando por sacar adelante a un crecido número de hijos. El pequeño Francisco, el mayor, hubo, pues, de conocer pronto el duro trabajo para ayudar a los suyos. Sólo un carácter rebelde, apasionado y tenaz como el suyo, hubiera sido capaz de vencer los muchos obstáculos que le separaban de una brillante carrera artística como fue la suya. Y también, claro está, la actitud tolerante de un padre comprensivo que, dándose cuenta de las excepcionales condiciones de su hijo, no vaciló en sacrificar la ayuda que su primogénito le hubiera prestado y, haciendo inmensos sacrificios, permitió y muy a tiempo, que se dedicara al arte y pudiera satisfacer las ansias de su vocación.

Su discípulo predilecto y biógrafo, el eminente musicólogo y guitarrista Emilio Pujol, dice en su reciente y magnífico libro sobre el maestro lo siguiente, que traza con entera claridad los principales rasgos de su carácter en los años de infancia y juventud: "Tárrega se complacía en la dificultad; gustaba de lo imprevisto, original o arriesgado. En su temple de luchador, cuando el transcurso normal del tiempo no le ofrecía cualquiera de estos incentivos, iba a su encuentro".

Ya desde niño mostró una decidida cocación, así como excepcionales dotes para la música. La inició en la guitarra un curioso personaje, Manuel González, conocido por el "Cego de la Marina", pues era, en efecto, casi ciego, famoso en toda esta comarca por su extraordinaria habilidad en la guitarra. El pequeño guitarrista demostró en seguida poseer una destreza singular y ya pronto su fama corría pareja con la de su maestro. En 1862, es decir, cuando Tárrega cumplió los diez años, visitó Castellón el entonces famosísimo Julián Arcas, cuya deslumbrante técnica y brillantes interpretaciones dejaron atónito al neófito. Probablemente esta visita fue la causa inicial de su decidida vocación de guitarrista. También de un desgraciado viaje a Barcelona donde aquél residía, pues, al parecer, no le atendió como le había prometido.

Aunque el pequeño Tárrega fue a vivir con unos parientes lejanos que se avinieron a tenerle por un módico estipendio, no se sabe bien por qué, quizá por su independencia de carácter, o porque no le tratasen bien, el caso fue que desapareció de su casa y fue rescatado algún tiempo después por su atribulado padre que se lo encontró deambulando por la ciudad y ganando con su extraordinaria habilidad en la guitarra lo que buenamente podía para subsistir. Venciendo improbas dificultades, pues no tenía dinero para regresar, lo fueron haciendo por etapas, deteniéndose por los pueblos del camino para que el pequeño genio pudiese proveer con su arte a las necesidades de ambos.

Llegaron por fin a Castellón, donde ya residía la familia hacía algún tiempo y, al fin, el inteligente padre, en vez de castigar a su revoltoso hijo, comprendió que en él había vocación y capacidad y decidió darle una seria educación musical. Un pianista que residía en esta ciudad, por cierto también ciego, llamado don Eugenio Ruiz, se encargó de enseñar al pequeño Francisco, solfeo y piano, pues si bien el padre no se oponía a que el muchacho se dedicase a la música, tenía en cambio, muchas reservas respecto al porvenir e importancia de la guitarra, ya que entonces la guitarra realmente no ocupaba un puesto muy importante en el mundo musical. Ya tenemos, pues, a Tárrega iniciando el camino que tantos triunfos habría de proporcionarle, si bien ante un dilema que tardó unos años en decidir: ¿el piano o la guitarra?

Pasó dos años en Valencia estudiando con intensidad, a pesar de tener que atender a su subsistencia con su trabajo. No obstante estar dedicado al estudio del piano y la armonía nunca dejaba su instrumento favorito: la guitarra, que le proporcionó mucho éxito, tanto, que un prócer valenciano, el conde de Parcent, decidió ayudarlo. Algún tiempo después también lo hizo un rico comerciante, don Antonio Cánesa.

Parece ser que este último, residente en Burriana, le ayudó a trasladarse a Madrid, donde continuó sus estudios. Allí se puso en contacto con el brillante cuadro de profesores que regentaban aquel Conservatorio que pronto se dieron cuenta de la valía de tan destacado discípulo. Continuó unos años simultaneando los estudios de la guitarra y del piano, hasta que un día, el director del Conservatorio, que era entonces el famoso don Emilio Arrieta, oyó ponderar las excepcionales condiciones que para la guitarra, pero .. cedamos la palabra a su citado biógrafo, don Emilio Pujol: "Cierta día llegaron a oídos de don Emilio Arrieta los elogios que le dedicaban quienes habían tenido ocasión de apreciar su habilidad en la guitarra. Tárrega fue invitado a dar una audición en el Conservatorio, dedicada exclusivamente al Claustro de Profesores. Aceptó gustoso y aprovechó aquella feliz oportunidad para poner de manifiesto los insospechados recursos de aquel instrumento en el que llegó incluso a improvisar sobre temas solicitados del docto auditorio, a la manera que lo venían haciendo los más grandes pianistas de la época. Arrieta y los demás profesores quedaron profundamente admirados, tanto de sus excelentes dotes de músico y artista como de las posibilidades orgánicas de la guitarra. Felicitaronle y se lamen-

taron de que, desatendiendo un instrumento en el cual le esperaban ciertamente días de gloriosa significación personal, dedicase sus facultades al piano, en el que tantos artistas eminentes destacaban por el mundo".

Esto, unido a un triunfo resonante que obtuvo algún tiempo después en el teatro Alhambra en un concierto benéfico muy importante en el que tomaron parte algunos artistas eminentes españoles y extranjeros, acabaron de decidir a Tárrega. A partir de este momento, la fama y una vida enteramente consagrada a la guitarra. Cambió varias veces de residencia. Contrajo matrimonio, fijando su residencia en Madrid primero, después en Valencia y, por último y de manera definitiva, en Barcelona, donde residió hasta su muerte, acaecida en la ciudad condal.

Por el año 1881 hizo su primer viaje a Francia, visitando Lyon, alcanzando resonantes éxitos y pasando después a París, llevado por el actor Coquelin, que le dio a conocer en la capital francesa y le introdujo en los círculos musicales y artísticos de aquella gran capital, en la que, como siempre, causó sensación. Allí convivió una temporada con un núcleo de eminentes artistas españoles: Madrazo (que le hizo un retrato), Palmaroli, Casado, Fortuny y otros. Fue invitado a tomar parte en el centenario de Calderón, organizado por un comité internacional bajo la presidencia de Victor Hugo; en este festival fue, sin disputa, el artista que causó más admiración, tanto que mereció el honor de que el ilustre literato citado le dirigiera una honrosísima carta. Fue el artista más solicitado y mimado aquellos días; fue requerido para tocar en las residencias de la reina Doña Isabel II, del barón de Rothschild y otros próceres y artistas eminentes.

Del efecto causado por este extraordinario intérprete que era Tárrega, puede juzgarse por el siguiente elogio que le tributó uno de los mejores críticos musicales de la capital francesa: "Hasta ahora creí que solamente Sarasate, con su violín, podía producir esas armonías que, transportando el alma a otras esferas, le hacen sentir misteriosas impresiones. Hasta ahora imaginé que nadie como Rubinstein tenía esa facilidad en la ejecución, esa maestría en el arte que le hace dominar el piano hasta el punto de hacerlo hablar, como oí decir a uno que a mi lado estaba. Al escuchar a la célebre Esmeralda Cervantes, creí que nadie como ella sabía dar una expresión tal a cualquier instrumento, como ella al arpa que tocaba. Todo esto había creído hasta ayer, pero me engañé. Con un instrumento mucho más difícil, oí anoche las armonías más dulces, las voces más celestiales que instrumento alguno pueda producir. Tárrega, con su guitarra, hace olvidar a Sarasate, borra de la imaginación el recuerdo de Rubinstein y disipa las armonías del arpa de Esmeralda".

La modestia de su carácter y su total carencia de vanidad le impidieron aprovecharse de estos triunfos y explotar la admiración de sus contemporáneos. Su estancia en el extranjero duró poco. Tras una rápida visita a Londres volvió a su querida España, de la que apenas volvió a salir.

Por el año 1885 le vemos instalado definitivamente en Barcelona en la que llegó a ser una institución. En la intensa vida musical y literaria de Barcelona, Tárrega era elemento de primer orden. Salió nuevamente a Francia. Visitó también Italia dos veces en 1903 y 1905, causando como siempre la más viva admiración; también hizo un rápido viaje a Argel. Pero en realidad la mayor parte de su vida transcurrió a partir de 1885 en Barcelona, con largas temporadas de estancias en Valencia, más en Castellón, al que amaba profundamente y en Novelda, patria de su esposa. Su arte extraordinario, la bondad de su carácter, su caridad y ternura infinitas, crearon a su alrededor fuertes núcleos de afectos, tanto familiares como de amigos y discípulos. Su desinterés y paciencia con los discípulos eran proverbiales.

En sus últimos años hizo una fecundísima labor, no sólo formando una pléyade de discípulos eminentes, sino perfeccionando la técnica del instrumento que con él entra en la más brillante etapa de su historia; por eso se ha hablado tanto de una escuela de Tárrega cuyas características expondremos más adelante. De su tenacidad, paciencia y amor a su instrumento predilecto da idea lo siguiente: Cuando ya era famoso, considerado indiscutiblemente como el primer guitarrista del mundo, cambió por completo su técnica y su pulsación, buscando la mayor perfección, depuración del sonido y las mejores y más lógicas fórmulas de mecanismo. Este gigantesco esfuerzo que exigió largas y fatigosas horas de estudio y sacrificio se vio malogrado cuando acababa de alcanzar su plenitud por un trágico ataque de hemiplegia que le paralizó el lado derecho y le dejó por completo imposibilitado para tocar. Largos meses de convalecencia siguieron a tan trágico acontecimiento, meses de horrible sufrimiento para el eximio artista que veía perdido todo su trabajo y al que faltaba con su guitarra lo más esencial de su vida. Y aquí se vuelve a manifestar la férrea voluntad y la capacidad de sacrificio de este hombre insigne: sometido a un severo régimen de vida y de privaciones, empezó a recuperarse lentamente y tan pronto empezó a sentirse mejor, tuvo el heroico gesto de empezar de nuevo el trabajo de sus dedos. El cielo premió su inmenso sacrificio permitiéndole recuperar su espléndida técnica, la memoria de su repertorio y, con todo ello, ¡la alegría de vivir.

Desgraciadamente no fue por mucho tiempo, ya que, en el mes de diciembre de 1909, en su día 15, se repitió el fatal ataque, esta vez contrágico desenlace, ya que el gran maestro murió a las pocas horas de sentirse indispuesto. De la profunda huella que dejó, tanto en lo artístico como en el afecto y admiración de las gentes, se hablará en la segunda parte de este trabajo.

En 1910, Villarreal dedicó un homenaje a su memoria, inaugurando una lápida en su casa natalicia y dando su nombre a una de sus mejores avenidas. Al año siguiente, Castellón le dedicó un monumento en el paseo de Ribalta y, en 1916, por suscripción popular, fueron trasladados sus restos desde el cementerio de Barcelona al de Castellón.

En la memoria de todos están los brillantes actos que se le dedicaron con motivo del centenario de su nacimiento y, por último, nos encontramos ante un nuevo acto para nosotros particularmente importante, ya que nos sentimos partícipes y autores en parte, al haber tenido el honor de proponer y la alegría de ver aceptado por el Ministerio de Educación Nacional que el nombre de tan preclaro hijo de Castellón, además de ilustre artista, hombre ejemplar, figure como distintivo de la Escuela del Magisterio Masculino de Castellón.

II.—SU ARTE

Muchos de los que me lean le conocieron, le quisieron y le admiraron. Sería vanamente pueril que intentásemos decir sobre él nada que no esté ya en el ánimo de mis lectores: su precioso talento, sus tenaces y profundos estudios, su abnegación para el trabajo, aquel noble ahínco con que se atormentaba a sí mismo buscando siempre más perfección mecánica, más depurado sonido, más sincera y profunda emoción en sus interpretaciones. Aquella total despreocupación de los bienes materiales, de los que nunca hizo aprecio, dedicado con fervor casi místico a su abrumadora labor; aquella bondad integral sin ningún desfallecimiento; aquella su alma clara, diáfana, nunca empañada por un rencor ni por un pensamiento hostil, ni por un adarme de envidia, siempre vertida hacia afuera, hacia los luminosos mundos del amor a los suyos, de las sinceras convicciones artísticas hondamente sentidas, de la amistad desinteresada, dándolo todo, prodigando los tesoros de su ternura a sus amigos, de su arte a los públicos, de su saber a los discípulos... Todo en fin, es de sobra conocido y justamente alabado siempre. Y forma como una inmortal aureola que agiganta y realza su personalidad artística. Guardemos estos recuerdos con fervor y que su heroica vida de grandes renunciaciones en pro de un ideal, de enérgica y dura autocrítica de su labor —que nunca le parecía lograda siendo en realidad maravillosa— nos sirva de ejemplo a todos sin distinción: artistas, hombres de ciencia, trabajadores, pues a todos puede edificar y guiar aquel insaciable e insaciado afán de superación que Tárrega sintió como ningún otro artista ha sentido en el mundo.

Ocurrida su muerte muy poco después de empezar el que esto escribe sus estudios guitarrísticos, sin una relación directa con el gran maestro desaparecido, fue, sin embargo, absorbido desde el primer momento por el círculo mágico que en torno a él se había formado y que siguió actuando con la misma fuerza después de su desaparición; me refiero a su obra y a sus discípulos y amigos. Su sombra flotaba en el ambiente guitarrístico y gravitaba su recuerdo e influencia con una fuerza avasalladora a través de los que habían recibido su directa influencia. Mi visión de la personalidad de Tárrega no es, pues, directa, sino que ha venido a formarse por la observación de sus amigos y por el estudio de su obra. No obstante, es muy clara y me atrevo a afirmar, bastante exacta.

Recordemos a los primeros: Adoración, vehemencia, admiración entusiasta, indignación apasionada ante cualquier audaz que pretendiese salir de la más estricta imitación de sus métodos; afanosa busca y egoísta posesión de las obras del maestro; minucioso recuerdo de sus audiciones, de sus palabras y menores gestos; éxtasis de iniciados en el recuerdo y evocación de su arte. He aquí la ardorosa tempestad despertada y no extinguida todavía, por el mágico sortilegio de su arte inimitable, profundo y puro. Audiciones interminables en algún rincón apacible e íntimo durante el majestuoso silencio de la noche, en las que, ejecutante y oyentes despertaban de su estupor al lucir los primeros rayos de sol. Este es el cuadro en el que puede observar con claridad meridiana la avasalladora sugestión de su arte incomparable y la enorme fuerza de su personalidad que conquistaba y atraía y ataba con los sutiles lazos de los más puros sentimientos. Lo que acabo de decir es la decantación y resumen de miles de observaciones y anécdotas fugaces, a veces de insignificante contenido, pero, en realidad, de enorme fuerza expresiva. Citaré una como muestra: Poco tiempo después de morir el maestro, aproximadamente un año, vino a Valencia por primera vez el maravilloso pianista Emil Sauer y dio una audición en la sala del Conservatorio de Música. Asistí a ella con mi maestro don Joaquín García de la Rosa, discípulo y amigo de Tárrega. Fue un concierto inolvidable, magnífico, en el que el artista, entonces en la plenitud de sus geniales facultades de intérprete, electrizó al auditorio con su arte exquisito. Mi entusiasmo era grande, pues aquél era el primer ejecutante de gran altura que me fue dado escuchar en aquellos embrujados días en que la música me brindaba constantes y deleitosas iniciaciones. Arrebatados, tanto mi maestro como yo, hacíamos apasionados comentarios y elogios del concierto. Pero, de pronto, con torvo gesto de profundo desconsuelo, con acento dolorido que me conmovió, mi maestro pronunció amargamente estas palabras que transcribo literalmente: "Sí, sí; todo ha estado muy bien, pero a mí, me hacía disfrutar mucho más don Paco, con el que no puede compararse".

Preocupado por esto, me he preguntado después muchas veces: ¿Qué encanto sublime emanaba de aquella guitarra que era capaz sólo en su evocación y no con su presencia, de borrar de un zarpazo, en un momento, la gozosa emoción producida por un artista de la valía de Sauer? Como ésta se podrían citar otras muchas pruebas. El tan decantado y manoseado apelativo de "mago de la guitarra" que es ya un tópico más que rancio y que tan alegremente se prodiga, referido a Tárrega, cobra un pleno sentido de autenticidad. El "mago de la guitarra", realmente fue él; aun suponiendo que exista o haya existido otro u otros guitarristas que puedan alcanzar y aun superar los primores de ejecución y de técnica que él consiguió. Y fue él, porque mágica era la atmósfera que, inmediatamente que empezaba a sonar su guitarra, rodeaba a sus oyentes. Como cosa de magia era aquella resistencia sin cansancio con que todos, músicos o profanos, cultos o no, le escuchaban horas enteras sin fatiga ni distracción. Jamás ha tenido ningún público la resistencia a la fatiga y a la saturación musical, como la tuvieron los hechizados auditorios de Tárrega.

III.—SU OBRA

Respecto a su obra, resulta verdaderamente difícil explicar en estas rápidas impresiones su valor intrínseco y su significación en relación con el conjunto de la producción guitarrística.

La guitarra que en su forma primitiva tuvo cuatro cuerdas, fue cultivada de un modo culto durante el siglo XVII, después de habérsele agregado la quinta, al parecer por un clérigo español llamado Vicente Espinel. En esta época, existieron una pléyade de guitarristas muy distinguidos, algunos de ellos también excelentes compositores, como Roberto de Viseo, nuestro Gaspar Sanz, Corbetta, Doizi, Granada y otros. Extiéndese el cultivo de la guitarra por todas las Cortes de Europa y acaba por suplantarlo totalmente la vihuela y el laúd, por cuya influencia seguramente adquiere la sexta cuerda —ya que los dos citados instrumentos eran de seis órdenes—, pero sin que haya sido posible averiguar quién se la puso, ni cuándo y cómo ocurrió. La expansión de la guitarra como instrumento de concierto y de salón ya en su forma actual alcanza una brillante culminación a principios del siglo XIX, época en la que aparecen varios núcleos de grandes virtuosos tanto españoles, como italianos, franceses y austriacos, que convergen hacia dos grandes focos guitarrísticos situados en París y Viena. Muchos nombres podrían citarse: Sor, Aguado, Schulz, Giuliani, Carcassi y otros; algunos también muy distinguidos compositores.

Este esplendor entra pronto en decadencia; sobre todo en calidad. No es que se abandone el cultivo de la guitarra, sino que cada vez se cultiva con menos altura musical; se va perdiendo calidad artística y nos vamos sumergiendo en un mar de vales cursis, habaneras con azúcar y cancioncillas lacrimosas a las que la guitarra pone una armonía cada vez más simple y rudimentaria.

En este ambiente pobre, cursi y un tanto estólido, aparece Tárrega. Estos son los primeros pasos y las primeras influencias sufridas por el maestro y aquí radica precisamente uno de sus más sólidos valores: su emancipación de todo ello. Por todo lo dicho, no puede afirmarse sin aclaración, como repetidamente se ha hecho, que la guitarra en su aspecto concertístico y elevado sea obra de Tárrega, pues antes que él ya existió en esta forma y tuvo dos épocas florecientes. Y, sin embargo, algo y aun mucho de verdad hay en dicha afirmación, puesto que Tárrega, por su situación en el tiempo y en el espacio, apenas pudo ponerse en contacto con aquella tradición selecta, entonces totalmente interrumpida. Su carácter modesto y sencillo, sin aspiraciones, lleno de timidez, le impidió captar esta tradición por su falta de movilidad, ya que le privó de ponerse en contacto con las huellas que pudiesen quedar de todo ello por los rincones de Europa. Por eso, no es literalmente el creador de la guitarra culta, pero sí su "resucitador", con todo el significado de "recreación", es decir, de nueva creación que cabe atribuir a dicho vocablo; pues el perfeccionamiento, renovación y elevación de la guitarra que él trae surge de él mismo, de dentro a fuera, y no obedece a ninguna sugerencia externa.

Este es el valor, el alto valor que debemos asignar a sus transcripciones de los grandes maestros, hechas muchas de ellas con rara habilidad —quizá algunas no del todo justificadas por su neto carácter pianístico, pero si nos atenemos a la intención, plenamente justificadas en su conjunto— pues Tárrega luchaba heroicamente, no para emancipar la guitarra de lo popular, que siempre es bello, sino de algo peor: de la cursilería y de las puerilidades. A ello oponía Tárrega música de la más alta calidad y la tomaba de lo que tenía a su alcance y la hacía con arreglo a su leal saber y entender.

Otro mérito de positivo valor que debemos asignarle es la sistematización técnica. Hemos visto cómo Tárrega surge en un momento de decadencia y se levanta sobre él elevando el repertorio. Pero, como consecuencia de aquel converger a un instrumento único las muy diferentes maneras y estilos de los tañedores de vihuela, de laúd y de la propia guitarra primitiva, la técnica había sido hasta entonces un tanto anárquica y un mucho personal de cada ejecutante y se habían propuesto, recomendado y justificado los más dispares modos de pulsar y la más variada y pintoresca colección de estilos y efectos instrumentales. Tárrega, con mano de gigante, en una constante y consciente observación de la íntima estructura orgánica de la guitarra y de las manos que la han de pulsar, se plantea por primera vez de modo integral estos problemas e incesantemente va evolucionando y creando una escuela unificada, metódica, en la que todo se ha previsto: colocación de las manos, articulación de los dedos, calidad del sonido, fórmulas de mecanismo para alcanzar la máxima fuerza, agilidad e independencia de los dedos; empleo sistemático del dedo anular de la mano derecha bastante descuidado hasta entonces; minucioso estudio y aprovechamiento de cuantos recursos y efectos sonoros puedan sacarse del instrumento..., en fin, una titánica obra de síntesis que ha posibilitado la formación de innumerables guitarristas y la plena incorporación de la guitarra a la constelación de instrumentos solistas contemporáneos. (Incorporación que el genial Andrés Segovia se ha encargado de realizar recorriendo todo el mundo con su guitarra y atrayendo hacia ella el interés de los más grandes compositores contemporáneos.

Después de Tárrega y por su genial impulso, la guitarra ha entrado, pues, en una fase que pudiéramos llamar de técnica consciente y unitaria. Su estudio puede realizarse, gracias a él, de manera metódica, progresiva y rápida. Su eminente discípulo Emilio Pujol ha recogido su doctrina y la ha perpetuado y completado con valiosísimas aportaciones propias en un Método el más completo que existe.

D.^a ISABEL FERRER Y GINER

Nacida en el seno de una familia emparentada con los más ilustres linajes de la villa de Castellón de la Plana, doña Isabel Ferrer y Giner fue hija de don Manuel Ferrer, doctor en ambos derechos, y de doña Magdalena Giner. Su vida transcurrió entre las comodidades de un ambiente de casa burguesa acomodada, los cuidados de una hacienda próspera, la atención a las labores domésticas y el ejercicio de una vida piadosa de que nos han llegado elocuentes detalles. El Padre José Rocafort, agustino del convento de Castellón y autor de un dietario en que desde su celda recogía el pulso de cuanto de interés ocurría en la villa, cita en varios pasajes de su libro a doña Isabel Ferrer, a la que nos presenta como generosa protectora de necesidades y "muy devota y afecta" a aquel convento. Estas noticias nos la sitúan ya como cristiana amante del prójimo y en una línea al final de la cual desemboca en una obra que la hace entrar en los honores máximos en la historia de su pueblo: la fundación y sostenimiento a sus expensas de la Casa de Enseñanza, primer centro de educación de niñas hasta entonces existente en la villa.

Pasa Castellón en ese último tercio del siglo XVIII de los diez mil a los trece mil habitantes, habiendo casi triplicado la población en el transcurso de cuarenta años. La economía tiene un ritmo de prosperidad creciente, gracias, sobre todo, a la seda y al cáñamo que dan a la comarca una singular nombradía y un productivo quehacer a la laboriosidad de sus habitantes. No tiene Castellón una abundante clase noble, pero sí un nutrido cuerpo de gentes burguesas y de funcionarios entre los que se va perfilando ya el ambiente provinciano que va ser peculiar del siglo XIX.

Cuál era el deseo de doña Isabel Ferrer al establecer la Casa de Enseñanza queda detalladamente explicado en el propio testamento de la fundadora: "Viendo la necesidad grande de este pueblo tan numeroso de una Casa de Enseñanza para las niñas, con el fin de que aprendan la Doctrina Cristiana, coser y otras labores, mayormente entre las gentes pobres que por no tener posibilidad para pagar maestras se crían sin educación, de que siguen grandes inconvenientes con

las perversas costumbres que aprenden no teniendo estos principios, mayormente en mujeres en que debe reinar más el recato, procuraré algunos años hacer expender bastantes cantidades en componer la casa propia de mi habitación para piezas de enseñanza, y desde luego a mis costas puse maestras que a mi vista instruyesen a cuantas niñas quisiesen acudir, sin que los padres de éstas tengan obligación de satisfacer cosa alguna porque he satisfecho yo a las maestras y dado habitación en la propia casa y habiendo observado el gran beneficio que logra este común y también el Estado, procuraré solicitar de S. M. el real permiso para amortizar bienes a este fin, que comprendo del servicio de Dios Nuestro Señor semejantes establecimientos, y también al Rey y a la causa pública..."

Si bien la instrucción de los niños contaba en la villa de Castellón con gloriosos antecedentes que se remontan por lo menos al siglo XIV en que ya las humanidades latinas tenían entre nosotros dignos cultivadores y a cuyo sostenimiento prestaba magnífica atención el municipio, cuando no ilustres y beneméritos castellonenses como el Obispo doctor José Climent, no existía institución alguna de carácter público que se ocupase de la educación femenina. La formación de la mujer se reducía al conocimiento de las labores domésticas, transmitido de madres a hijas, y, en el mejor de los casos, al aprendizaje de las letras elementales que particularmente pudieran proporcionarse. Cabe suponer la cantidad de mujeres analfabetas que debía de haber, con todas sus funestas derivaciones y consecuencias.

En primero de octubre de 1778 dieron comienzo las clases en la Casa de Enseñanza con tres maestras procedentes de la Casa Enseñanza de Valencia, mujeres "de habilidad y de virtud" (según el cronista Padre Rocafort) y con experiencia de por lo menos doce años en la práctica docente. A cada una de ellas asignó la fundadora un sueldo de doscientas libras anuales y la obligación de no percibir cantidad alguna de sus alumnas. No había transcurrido mucho tiempo de la fundación cuando ya la Casa albergaba a doscientas veinte alumnas.

Estaba doña Isabel cerca de los cincuenta años al fundar su obra. Era mujer madura, soltera, y así su fundación tiene el sello de la madurez, ponderación y clara percepción de la trascendencia, uniendo al espíritu cristiano que impregnó toda su vida ciertos rasgos del aire progresista dominante en la época. Aires de despotismo ilustrado, en síntesis, que tendrán su cabal expresión en la villa poco tiempo después con el gobierno de Bermúdez de Castro, en los años finales del XVIII e iniciales del XIX.

El proyecto de Isabel Ferrer era ambicioso: pronto contaba con llegar a las mil alumnas. Ello le impulsa a elevar al rey una representación en la que solicita su real protección y la exención de determinadas obligaciones fiscales, a lo que accede Carlos III por privilegio fechado en San Lorenzo de El Escorial a 12 de octubre de 1786, algunos de cuyos párrafos son del mayor interés. "Por cuanto —dice el privilegio— por parte de doña Isabel Ferrer y Gíner, de estado doncella, vecina de la villa de Castellón de la Plana, Reino de Valencia,

se me ha representado que en el año de 1780 la informaron personas celosas del aumento de la Religión y del estado la deplorable constitución en que se hallaban las niñas de aquella villa por falta de educación cristiana, en la enseñanza de labores propias de su sexo, procedía todo de no haber maestras que atendiesen a tan indispensables principios, y habiendo examinado por sí también lo que se le había informado, encontró por cierto y que necesitaba de remedio, y por lo mismo le pareció oportuna ocasión poner en ejecución el pensamiento que tenía a hacer algún bien a la patria (mediante a encontrarse sin herederos forzosos ni en disposición de tomar estado de matrimonio) a imitación de otro igual beneficio que el Rmo. Obispo don Josef Climent había dispensado a dicha villa en haber establecido una casa de recolección para niños o niñas huérfanos, y para llevar adelante su pensamiento y que tuviese favorables efectos y gastó dinero propio una considerable suma en proporcionar diferentes piezas en la casa de su habitación para la labor de las niñas y habitación de tres maestras que desde luego destinó a la enseñanza en el salario de 1.500 reales vellón anuales a cada una, sin que los padres contribuyan en cosa alguna para dicho salario, porque muchos por no poder y otros por no querer satisfacer un corto estipendio mensual dejaban a sus hijas con la misma o mayor ignorancia que lo estaban sus madres en las labores. Que en el limitado tiempo de dos años que tuvo principio esta enseñanza se han conocido notables ventajas en el adelantamiento a las niñas con admiración de los padres de éstas, de todo el vecindario y también del Rmo. Obispo de Tortosa, quien se enteró muy por menor cuando pasaba a hacer la visita a aquella feligresía y que continuando esta enseñanza podría prometerse ser más feliz aquella villa... y viendo la referida doña Isabel Ferrer y Giner los felices efectos de su proyecto la alientan a continuar hasta su muerte en fomentar más esta enseñanza... deja y agrega por ahora varios bienes que ascienden a más de trece mil pesos en fincas y bienes fructíferos, raíces y de buena calidad, todos sitos en el término de aquella villa..."

Con todos los requisitos legales quedó, pues, establecida la fundación de la Casa Enseñanza, y con tan firmes raíces que hasta el momento de hoy llega la vida de la benéfica institución. No podía ser de otro modo, ya que se hizo —son sus propias palabras— "llevando la mira de hacer este obsequio que espero será del divino agrado por la educación pública de su Santa Ley".

